

menos media hora cada dia de lectura espiritual, como debe constar en la tablilla de las oraciones. ¿ Quien podrá dispensarse de esta regla? La meditacion puede tal vez abandonarse por motivo de jaqueca ú otro análogo; mas la lectura es cosa demasiado fácil, y es objeto de alentamiento y recreo. ¿ Cómo podrá encontrar fastidio, una persona consagrada á Dios, en hablar con Dios y escucharlo? Un sacerdote que descuida la lectura espiritual, comete una omision cuyas consecuencias son terribles.

ART. III.

Algunas reglas para la lectura espiritual.

1. Que á nuestra lectura espiritual preceda siempre una breve oracion : *Veni sancte Spiritus—Veni Creator Spiritus* — ú otra invocacion : *Sufficiencia nostra ex Deo est* (Corint., 2, 5).

2. Que objeto sean de nuestra lectura libros verdaderamente santos, fáciles mas bien que profundos, y busquemos la devocion y no la erudicion. Volvamos á leer de cuando en cuando el mismo libro, pues es preocupacion el no saber leer un libro por segunda vez. Siempre encontraremos ganancia, y tal vez mas la segunda que la primera : tal es, por ejemplo, el Kempis, que siempre será leído con gusto y provecho. La vida de los santos padres y de otros varones apostólicos, de un Borromeo, de un Saverio, de un Vicente de Paula, de un Felipe Neri, etc., tesoros son inexhaustos de ejemplos y doctrinas celestiales. Ciertos tratados mas jugosos relativos á los deberes eclesiásticos, servirán admirablemente para conservar, ó para enseñar los sentimientos y las

ideas justas del sacerdocio. Libros son estos que exigen ser leídos á menudo.

3. Imaginémonos, lo que en realidad es así, que el mismo Señor nos habla durante la lectura espiritual y que nos dice lo que leemos.

4. Leamos con pausa, pesando todo con fruto, para infiltrarnos la doctrina espiritual como rocío que cae gota á gota. Leamos poco al dia, pues mas vale poco con reflexion, que mucho de un modo confuso y pasagero.

5. Detengámonos particularmente en ciertos puntos que mas directamente nos conciernen, y apliquémonos con provecho lo que mas directamente se dirige á nosotros mismos.

6. Depositemos y guardemos en nuestro corazon el mejor jugo de la lectura, para poder despues volver á pensarlo, y á rumiarlo por decirlo así, despues de la lectura.

7. Cerremos nuestra lectura con una breve oracion, dando gracias á Dios por las luces que nos ha dado.

CAPITULO VIII.

DE LA SANTA MISA.

ARTÍCULO I.

Cuanto importa la preparacion del sacerdote para la santa Misa.

La Misa es la accion mas escelente y mas augusta del sacerdocio, y en ella se reunen el poder, la dignidad,

la santidad del santo ministerio en el ápice de su esplendor. La santa Misa puede denominarse el sol de la cristiandad, el centro de la devoción, en una palabra, una obra enteramente divina.

Si conoce el sacerdote la grandeza de este divino sacrificio, no se acercará al altar sin despertar en sí cada día un vivo espíritu, y con una preparación que corresponda, en algún modo, á la sublimidad del misterio. La disposición del ministro es la que lo dispone para tener parte en la pinguosidad del holocausto. Aunque este adorable misterio sea el manantial perenne de las mayores gracias que se puedan esperar del Señor, es necesario observar que no las confiere sino á medida de la preparación con que á él nos acercamos. Tan rico es de bendiciones inestimables para el sacerdote fervorosamente preparado, como estéril para aquellos que tienen la temeridad de celebrarlo sin la preparación necesaria, y esta verdad atestiguan tantos sacerdotes que celebran todos los días el santo sacrificio de la Misa sin el menor adelanto en la virtud, y que, teniendo todos los días en sus manos el tesoro de las riquezas celestiales, permanecen siempre pobres y desnudos de espíritu. En vano á estos temerarios grita el ángel del Señor: Respetad el mayor de los sacrificios: *quitaos las sandalias de los pies*, esto es, no os acerquéis si preliminarmente no os penetráis de una gran humillación ante la divina Majestad: *Locus enim in quo stas terra sancta est (Exod., 3, 5)*. Estos hombres temerarios se acercan con indevoción á los altares, los ángeles huyen llenos de terror, y, en vez de bendiciones acarrear castigo sobre sus cabezas.

Para tales hombres no hay diferencia entre el cuarto, la tienda, la plaza y el altar. Llegan llenos de prisa á la

sacristía, apenas se dignan arrodillarse un momento, se inquietan si todo no está presto, se visten conversando con uno ú otro de cosas indiferentes, y corren apenas vestidos al altar. ¿Qué puede significar hacer una cosa por hábito y por costumbre? Lo más santo y tremendo llega á ser la acción más ordinaria. El decir la Misa es para tantos sacerdotes un negocio de oficio y rutina que ninguna impresión les hace. Mas quien sin preparación celebra, no tardará en celebrar indignamente, y la misa tibia no dista mucho de la misa sacrilega.

ART. II.

Modo de prepararse para la celebración de la santa Misa.

Al levantarse de la cama, deberá el sacerdote quedar retirado y recogido en cuanto le sea posible, sin afanarse en otros quehaceres, ni pensar en otra cosa antes de celebrar el santo sacrificio de la Misa. Esta debe ser la primera acción del día después de la oración de por la mañana. Y si, por servicio público, debe aguardar hasta una hora más tardía, tenga especial cuidado en no perderse en objetos terrenos, y piense que tiene que celebrar el santo sacrificio, para evitar los menores deslices. Al ir á la Iglesia camine en silencio y lleno de modestia, manifestando en su exterior la acción augusta que intenta efectuar.

Al llegar á la Iglesia no debe ir inmediatamente á la sacristía, sino detenerse algún tiempo delante de la figura de Cristo orando en el huerto, para ejercitarse y avivar su espíritu con los siguientes actos:

1. De adoración con humildad exterior é interior ante el divino sacramento.

2. De contrición por los propios pecados, y de los de todo el pueblo, que en nosotros mismos llevamos en el sacrificio, preparándose también si fuese necesario á la confesión sacramental.

3. De viva fe en el misterio inefable, considerando que pronto por la consagración tendremos en las manos, velado bajo las especies sacramentales, al mismo Dios rodeado de la corte celestial que se halla presente á la es-celsa función.

4. De amor, que es la más favorable disposición para la santa unión que debe hacerse del alma nuestra con Jesucristo en la comunión del sagrado misterio, pensando en la bondad infinita del Hombre Dios que quiso inmolarse como víctima en el sacrificio, y darse como pasto en el sacramento, para quedar siempre con nosotros, como nos lo aseguran las dulces palabras que profirió : *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego, in eo.*

5. De la intención principal para la santa Misa, que es la de unirse á Jesucristo primer sacerdote, sacrificador y víctima en el mismo acto, para entrar en todos sus sentimientos, y ofrecer su cuerpo á su Padre eterno, para los más santos fines, que pertenecen á la esencia del sacrificio, y que son los siguientes :

Primero, honrar la Magestad de Dios en nombre de todos los hombres y de todos los fieles ; segundo, darle gracias por los infinitos beneficios que ha dispensado y que promete dispensar en nosotros sus sacerdotes, y en reunión de los fieles ; tercero, aplacarlo por las innumerables ofensas que, después de tantos beneficios, recibe de nuestra ingratitud ; cuarto, atraer del cielo sobre nosotros y nuestros hermanos una lluvia de bendicio-

nes. En el ardor de estos santos fines, que despertar debe en sí cada mañana el sacerdote al prepararse para la celebración, se esforzará en despedir de su mente toda intención perversa de sacrificar el cuerpo y la sangre de Cristo por satisfacer á un hábito insípido, por vanidad de parecer devoto, por venalidad, ú otro fin mundano, lo que bastaría para envilecer y trocar en sacrilega profanación el más santo de todos los misterios.

6. De la intención muy importante, si bien no principal de sacrificar y de rezar nominativamente por los vivos y los muertos por los cuales se ofrece la Misa, obtener para nosotros mismos una gracia particular, ó dar gracias á Dios por algún favor que hemos recibido.

Rebosando de estos sentimientos, se presenta el celebrante en la sacristía con silencio y con singular recogimiento interior, y en ella vuelve á arrodillarse para recitar las oraciones de la tablilla, renueva la intención principal y la secundaria, prepara sus cosas, se viste recitando y acompañando afectuosamente las respectivas oraciones de los sagrados indumentos, y, semejante á un ángel, y con el sentimiento de Jesucristo que sube al calvario, se dirige al altar.

ART. III.

De la pureza de la conciencia como la mejor disposición del celebrante.

Para acercarse á los santos altares debe resplandecer un sacerdote como un astro del cielo por la pureza de su conciencia. La primera calidad del celebrante es la de *sacrificador con Jesucristo*, y esta requiere que tenga las manos puras para inmolar al más santo de los holocaustos.

tos en union con el mas santo de los sacerdotes. ¿ Quien no podrá menos de sentir un indecible horror en el acto de levantar el cuerpo purisimo de Jesucristo con manos purulentas del pecado y contaminadas con los vicios de este mundo? ¿ Quien no podrá menos de estremecerse al sacrificar al cordero sin mancha y esparcir la sangre que borra los pecados del mundo, mientras que el mismo sacrificador se halla negro de pecado?

Los ángeles que rodean el altar parecen pedir á Dios licencia de fulminar ese malhadado sacerdote, y pedir justicia por la profanacion de la sangre de Jesucristo. De tan indigno ministro se puede decir con Job : *Contra omnipotentem roboratus est* : tanta temeridad y dureza de espíritu son necesarias para presentarse en pecado mortal á tener en sus manos al Dios de santidad y de justicia.

La segunda calidad del celebrante es la de *victima con Jesucristo*, y exige que el sacerdote barra de su ánima y la lave de cuanto pueda desagradar á Dios, pues destinado está á ser una hostia agradable con Jesucristo. ¿ Cómo podrá ofrecerse á si mismo como victima por los pecados del mundo un sacerdote lleno de pecados? ¡ O victima abominable! El que debiera atraer miradas propicias, provoca y atrae la ira del cielo. Un sacerdote sacrilego obliga, en cierto modo, al Padre eterno á no admitir el holocausto mismo de su divino Hijo, con el cual se halla unido el ministro como una sola y misma víctima.

La tercera calidad del celebrante es la de *huésped de Jesucristo*, y exige que prepare una habitacion, esto es, un corazón puro, debiendo recibir al esposo que camina entre los lirios, y debiendo conglutinarse con la suprema santidad, origen de la santidad de los ángeles, y la de to-

dos los santos. ¡ Jesucristo en el pecho de un sacerdote deshonesto, de un sacerdote avaro, de un sacerdote mundano y vengativo! ¡ Qué union monstruosa! El pan de bendicion se vuelve bocado de maldicion, y en el caliz de la misericordia bebe el sacrilego ministro el caliz de la ruina eterna.

Un sacrificio que se denomina *oblato munda*, y que ofrece una víctima santísima, tiene tanto horror de la menor inmundicia en sus ministros, que, cuando los hay tan temerarios y tan sacrilegos que se atreven á acercarse al altar sin hallarse purificados, el Señor se lamenta por el profeta, hasta la expresion de quedar él mismo manchado en la inmundicia de esos impios : *Coinquinabar in medio eorum* (Ezec., 22, 26).

Si el pecado venial voluntario, que no se cuida el celebrante de expiar con la confesion, ó á lo menos con la contricion antes de decir la Misa, no despoja de la gracia habitual, impide sin embargo el efecto de la gracia actual, que en el sacrificio y con el sacramento bajaria mas copiosa en el alma del sacerdote. Si el pecado mortal no borra el valor intrinseco y esencial del sacrificio, lo despoja cuando menos de muchas bendiciones, que en si y en sus hermanos debiera atraer un sacerdote puro y fervoroso, al paso que pronuncia la mas espantosa sentencia sobre el alma del sacerdote, que en lugar de la propiciacion lleva al altar la profanacion mas sacrilega.

Concluyamos con el gravisimo precepto del concilio de Trento (Sess., 13, c. 7. *De Eucharist*) que un sacerdote, en pecado mortal, no pueda celebrar el santo sacrificio sin confesarse. Y para mayor claridad, dividese el decreto del concilio en tres preceptos : el primero manda que no celebre si antes no se confiesa á un confesor, sin

escusa de carecer del propio ó de otro de confianza; el segundo prescribe que si faltase confesor, no pueda celebrarse con el acto solo de contrición, sino en *urgente necessitate*, y con el firme propósito de confesarse *quam primum*, esto es, antes de celebrar otra vez; el tercero obliga á que, despues de haber celebrado una vez *urgente necessitate*, se dé prisa en buscar confesor, y en confesarse *quam primum*, esto es, sin dilacion alguna, inmediatamente, por mas incomodidad que en ello encuentre, ó cuando mas, dentro de tres dias.

ART. IV.

Sentimientos que debe tener un sacerdote al ir al altar.

Al ir al altar, un sacerdote no debe considerarse como un hombre de esta tierra, sino como el mismo Jesucristo, en tanto que debe hablar con su misma boca y sacrificar con sus mismas manos. En este divino sacrificio, hay dos sacerdotes en el altar, uno principal que es Jesucristo, y el otro subordinado que es el mismo celebrante; que unido está á Jesucristo, forma en cierto modo una persona moral con él; y con él y en él desempeña el oficio de sacrificador.

En este mismo sentido no solamente es *sacrificador*, sino *victima* en Jesucristo y con Jesucristo. Hablando con propiedad, solo el hijo de Dios puede ser sacerdote y victima, y poseer ambas estas calidades; no obstante, como hombre elegido y diputado por la Iglesia, como agente de toda la naturaleza humana para reconocer la grandeza soberana de Dios con aniquilacion propia y con mística muerte de si mismo, sube al altar el sacerdote,

para sacrificar y sacrificarse con Jesucristo, esto es, para destruirse y anonadarse ante la Magestad de Dios por todo el cuerpo de la Iglesia, juntamente con la verdadera victima principal Jesucristo, uniéndose á sus súplicas, á sus adoraciones, á su dolor por nuestras culpas, y presentando al eterno Padre todos los propios afectos con los dolores y sangre de Jesucristo.

Con estos sublimes sentimientos sube al altar el sacerdote lleno de una alta idea de su funcion, y, penetrado de un sagrado temor, se prepara á celebrar el santo sacrificio de un modo tan respetuoso y tan santo, que Jesucristo, el sacerdote invisible, sea reconocido en la persona y en la reverencia del sacerdote visible.

ART. V.

Sentimientos interiores del sacerdote en la actual celebracion de la santa Misa.

Durante la santa celebracion, todo nuestro interior debe hallarse abrasado de los mas santos afectos. Cada palabra debe ser una saeta de amor divino: *Quidquid profert accende charitate*, dice san Agustin. En esos momentos que terribles llaman los santos padres, y en los cuales se opera lo mas santo que puede imaginarse, lo mas augusto, inefable y tremendo de la religion, deben hallarse la mente y el corazon limpios completamente de pensamientos mundanos, para solo pensar en la dignidad del sumo sacerdote en cuyo nombre operamos, en la santidad de la hostia, y en la magestad incomprensible de Dios á quien la ofrecemos, sacrificándonos nosotros mismos con Jesucristo, pues con él componemos un solo sa-

cerdote y una sola víctima, y ofreciéndole el holocausto de un corazón ardiendo de amor por su gloria.

En el introito debemos dar lugar á los más tiernos afectos de humildad y de contrición por nuestros pecados, por los de nuestros parroquianos y de todo el mundo, que llevamos en nosotros en calidad de diputados de toda la naturaleza humana, como los llevaba Jesucristo al ir á comenzar en el huerto su pasión.

Al volvernos al pueblo, sentiremos con expansión el deseo que en él baje la protección, la gracia y la paz de Dios.

En el ofertorio, renovaremos la intención de querernos ofrecer con todas nuestras acciones, nuestras potencias, cuerpo y ánima, en unión del cuerpo, sangre y ánima de Jesucristo. En esta parte, era tal el júbilo que experimentaba san Felipe Neri, que le temblaba la mano en términos de no poder apenas poner agua en el vino (*Vita*, lib. 2, c. 4).

En el *memento* de los vivos y muertos, como también antes de la consagración, sin estendernos demasiado, volveremos á manifestar los sentimientos y la intención de adorar y dar gracias al Señor, de aplacar su justicia é invocar su misericordia. Este es el momento de anonadarse en la presencia del eterno Padre, como lo efectúa su Hijo en el altar. Este es el momento de atar las manos de su justicia, y presentarle todas las necesidades de su pueblo para mover su misericordia. En el *memento* de los muertos, conviene también que nos recomendemos á nosotros mismos para cuando nos hallemos en el purgatorio.

En el *Præfatio* y en el *Sanctus*, alzaremos nuestro corazón al cielo, acordándonos de alabar y cantar las glo-

rias de Dios con la Iglesia, y figurándonos que nos hallamos en medio de los coros de ángeles, que en realidad rodean nuestro altar, y forman un solo cántico con el nuestro.

Al hallarnos delante del santísimo sacramento, después de la consagración, debemos sentirnos penetrados de una veneración profunda hasta el temblor, al vernos en presencia de una Magestad omnipotente; y, con viva fe y gran fervor, seguir debemos todas las oraciones de la santa Misa, particularmente el *Pater*, que eficazísimo será ante Jesús su autor, como igualmente el *Agnus Dei* y el *Domine non sum dignus*.

Al tomar el cuerpo del Señor, no podremos menos de sentir una dulzura extraordinaria, y experimentar afectos inesplicables. Inmediatamente después de una breve oración á nuestro Señor, algunos devotos eclesiásticos acostumbra tomar las indulgencias para sí mismos y para los muertos, recomendando brevemente, con un acto mental al Señor, la intención del sumo pontífice, y las ánimas del purgatorio.

Roguemos entretanto á nuestro Ángel Custodio, que reciba y trate devotamente á nuestro divino huésped, hasta que podamos nosotros mismos dar las debidas acciones de gracias después de la Misa.

ART. VI.

De la disposición interior en el acto de celebrar la santa Misa.

Estos santos afectos no pueden menos de transpirar en el mismo aspecto exterior del sacerdote, cuyo rostro, durante todo el tiempo de la celebración, debe brillar de una admirable compunción y de una humillación profunda, co-

mo si se hallase ante el trono de la gloria: *Tanquam si in ipsis cœlis collocati inter caelestes illas virtutes mediū staremus*, como dice san Juan Crisóstomo. Tal es lo que cabalmente leemos relativamente á muchos piadosos sacerdotes, cuyo rostro resplandecía mientras el oficio divino, que celebraban con tanta devocion que hacian llorar á los fieles; y por este motivo, no permitia san Felipe Neri á los circunstantes que se pusiesen en lugar en que hubieran podido ver su rostro, y observar en sus gestos la singular devocion que el Señor le comunicaba.

Tres cosas exige la disposicion exterior del celebrante :

1. La pureza y exactitud de las ceremonias que, bien observadas, presentan con dignidad la funcion á los mismos ojos de los seculares. Pero prescritas son por la Iglesia que manda á los eclesiásticos que las lean atentamente una vez por año, para enmendar algun defecto, que pudiera introducirse con el tiempo. ¡Qué torpeza la de ciertos sacerdotes que celebran sin atencion á las rúbricas, y confunden, omiten, destrozan las ceremonias de una accion tan grave y tan adorable! Seguramente no puede haber devocion cuando existe tan desgraciada confusion de rúbricas.

2. La calma plácida de los movimientos que hace que proceda el sacerdote en el altar sin afectacion, y con un decoro que inspira respeto y devocion. ¡Cuan desagradable es la ligereza de ciertos eclesiásticos que hacen voltear el alba, agitándose en el altar como bailarines en la escena!

3. La pronunciacion distinta de las oraciones, y con voz tan afectuosa como clara, que muestre que concuerdan el corazon y la boca; al mismo tiempo que con un tono

bastante elevado para que los fieles puedan oirlo y aprovecharse, pues se debe tener presente no solo la propia devocion sino la de los oyentes. Compasion causan, al mismo tiempo que disgusto, los que recitan la santa Misa en no sé qué lengua, con un murmullo confuso y precipitado, que mas se asemeja al bramido de un trueno lejano que á la voz de un sacerdote. Diráse tal vez que es un defecto orgánico, mas con cierto esfuerzo y estudio, se puede hacer desaparecer este defecto. Si continúan en recitar la santa Misa de un modo tan indecoroso, sin miramiento ni consideracion al sagrado misterio, incurrer en culpa grave.

Con estas advertencias relativas á la compostura exterior, evitaráse el inconveniente de tantas Misas rezadas de un cuarto de hora, condenadas por el sumo pontífice Benedicto XIV, que echan á perder la devocion, y casi hasta la fé de los fieles. Y en efecto, ¿cómo se podrá creer en la presencia real de Jesucristo, á vista de la precipitacion y modo indecoroso de muchos sacerdotes en el altar? Una voz sorda y seca, un porte altivo, movimientos precipitados, agitacion continua de ojos y brazos, genuflexiones semejantes á las de los soldados de Pilatos ante Jesus coronado de espinas, ¿es este el exterior digno de un sacerdote que celebra los misterios de la pasion y muerte de nuestro Señor?

ART. VII.

Deber y conveniencia de una devota accion de gracias despues de la Misa.

La mejor señal de que un sacerdote ofrece el sacrificio con un corazon animado de santos afectos, será el ver si

sigue una conveniente accion de gracias. ¿Qué favor mayor puede haber que el de un Dios que se da enteramente al hombre, y con tanto amor, en el augusto sacrificio de la Misa? ¿Cómo podremos negarnos á un acto de gratitud y de accion de gracias? Si ha celebrado el sacerdote con el fuego del amor de Dios, no puede apagarse inmediatamente este fuego.

Todo beneficio debe tener su accion de gracias, y Dios mismo ha manifestado que aprecia y acepta el reconocimiento por sus favores. ¿Y puede haber uno mayor que el de un Dios que se da al hombre entera y amorosamente en el sacrificio de la santa Misa? ¿Cómo podremos dejar de manifestar nuestro reconocimiento? ¿Cómo podremos dejar solo á nuestro amado Jesus cuando apenas ha entrado en nuestro corazon? ¿Cómo podremos huir de su compañía y volverle las espaldas, cansados de su presencia, como si tan penoso nos fuera postrarnos ante este divino Salvador, y hablar con él despues de favor tan distinguido?

Tal conducta argüiria, ademas de una horrorosa ingratitud, necedad y insensibilidad pues nos privariamos de muchas gracias y muchas luces, que esparce nuestro Señor en los que se complacen en hablarle despues de la santa comunión. Santa Teresa (*Camino de perfec.*, c. 14) reconocia en la falta de la accion de gracias despues de la Misa, la ausencia de espiritu en tantos sacerdotes. El que no se complace en la conversacion de Jesucristo, y en pedirle su bendicion, obliga á este divino Salvador á retirarse, sin hacerle bien alguno, y á no volver á entrar con gusto en un corazon en que fué tan mal recibido.

Por otra parte, ¿hay algo mas indecoroso que el ver á un sacerdote salir apresurado de la Iglesia apenas acaba

su Misa, y, con poca ó ninguna accion de gracias, no pensar mas que volver á engolfarse en las conversaciones é intereses mundanos? A vista de semejantes sacerdotes, ¿cómo podrá inculcarse en los seculares la devocion á la santa Misa, y el deber de una fervorosa accion de gracias despues de la comunión? Conviene, para evitar el escándalo, asi como para cumplir con un deber espiritual, que el sacerdote consagre un tiempo convenientemente estenso á dar gracias despues de haber celebrado el santo sacrificio. ¿Qué otra parte del dia puede emplearse de un modo mas santo? ¡O cuan dulces momentos son estos para un eclesiástico que no es enteramente insensible á las consolaciones del espiritu!

ART. VIII.

Modo de dar gracias despues de la Misa.

Un buen sacerdote, despues de la Misa, debe conservarse en perfecto recogimiento, uniéndose á Jesucristo por devocion unitiva, ó, aun mejor, por una especie de elevacion, como están los ángeles en su presencia.

La primera parte de esta accion de gracias debe consistir en recitar con el corazon, mas que con la boca, las acostumbradas oraciones de la tablilla, que nos propone la Iglesia.

La segunda en un desahogo con el amado Jesus, con sentimientos de *adoracion*, adorándolo como Dios y hombre, con todos los ángeles y santos, y en nombre de todas las criaturas, como nuestro principio y fin; de *gratitud*, esto es, dándole gracias por su amor eterno é infinito, por sus beneficios innumerables de naturaleza, de

gracia y de gloria, sobre todo por haber rescatado la dichosísima humanidad; de *oferta*, y, á este fin, ofreciéndole como muestra de reconocimiento, el poco bien que hacer podemos y que hacer deseamos en el presente día con su gracia, consagrándole al mismo tiempo todo nuestro ser, nuestros sentidos, nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestra voluntad que en la suya confundiremos para que la santifique, y agregando á nuestra pobreza los méritos de todos los santos, y sobre todo de María santísima; de *súplica*, esponiéndole con humildad y confianza nuestras mayores necesidades, gritando á sus piés como el ciego del Evangelio: *Jesu, Fili David, miserere mei* (Marc., 10, 47) y nombrando los bienes particulares que imploramos de su bondad. Este es el momento mas propicio para pedir gracias, y para hablar al buen Dios que en nosotros se encuentra, de los menesteres de nuestra alma y de los de nuestra grey. Digamos en este momento una palabra á Jesus relativa al estado de tal ó tal pecador, recomendémosle tal ó tal desorden que corregir deseamos. Cualquier otro afecto de fé, amor, humildad, esperanza, arrepentimiento, protestacion, etc., será tambien escelente, con tal que brote del corazon. Si á veces nos hallamos mas tibios y distraidos que de costumbre, no hay que apurarse, sino suplicar á nuestro Redentor que á nuestra impotencia supla. El alimento se digiere en nuestro estómago, sin que en ello pensemos, con tal que no perturbemos la accion de la naturaleza. Dejemos obrar del mismo modo á la gracia, y con tal que no estorbe- mos su accion con distracciones voluntarias, no dudemos que sabrá digerir en nosotros el pasto celestial, y lo transformará en Jesucristo.

La tercera parte debe tener por objeto ofrecer al Se-

ñor dos principales propósitos: el primero, preservarnos en el día de tal defecto á que mas sujetos estamos, nombrándolo al Señor como si no lo supiese, resolviendo evitar las ocasiones, y mortificar el sentido y la pasion que mas contribuyen á hacernoslo cometer; el segundo hacer en el mismo día tantos actos de virtud particular, ó efectuar tal devocion ó mortificacion, nombrándola y ofreciéndola al Señor en prueba de gratitud.

La cuarta parte podrá concluir con la recitacion de las horas canónicas, oyendo al mismo tiempo, donde se pueda, una santa Misa, que es práctica bellissima y muy digna de un sacerdote ejemplar.

CAPITULO IX.

DEL AMOR DE DIOS.

ARTÍCULO I.

Motivos del amor de Dios.

Vos me mandais que os ame, ó Señor! con todo mi corazon, toda mi alma y todo mi espiritu. Este es el primero y el mayor de vuestros mandamientos, y el fin de todos vuestros preceptos. O Dios mio! vos os dignais exigir de mi un amor que, como una gracia, debiera implorar de vos. ¿Qué necesidad tengo de ser mandado para amar á mi sumo bien?

Para amaros tan solo me habeis criado, y, en mi co-